JOSÉ VÍLCHEZ

Vosotros, cuando oréis, decid: Padre nuestro

verbo divino

José Vílchez

Vosotros, cuando oréis, decid: Padre nuestro

EDITORIAL VERBO DIVINO
Avda. de Pamplona, 41
31200 Estella (Navarra)
2005

Editorial Verbo Divino
Avenida de Pamplona, 41
31200 Estella (Navarra), España
Teléfono: 948 55 65 11
Fax: 948 55 45 06
Internet: http://www.verbodivino.es
E-mail: evd@verbodivino.es

© José Vílchez, 2004. © Editorial Verbo Divino, 2004. Es propiedad.
Printed in Spain. Impresión: Gráficas Lizarra, Villatuerta (Navarra).
Depósito legal: NA. 3.414-2004

ISBN 84-8169-635-8

Introducción

Al comenzar nuestras reflexiones sobre la oración, tenemos la impresión de que vamos a emprender una tarea muy superior a nuestras fuerzas y posibilidades. Que el hombre intente hablar de Dios ya es un atrevimiento; algunos dirían que una quimera, pues «Dios es más grande que el hombre» (Job 33,12); su perfección «es más alta que el cielo..., más honda que el abismo..., más larga que la tierra y más ancha que el mar» (Job 11,8-9); en definitiva, que Dios es Dios y no hombre (cf. Os 11,9). Si el hombre no puede hablar adecuadamente de Dios porque le supera infinitamente, mucho menos podrá hablar con él, pues esto supone entrar en su misma esfera, ponerse a su mismo nivel. Job en su epopeya lo intentó y recibió de Dios esta respuesta: «¿Quién es ése que denigra mis designios con palabras sin sentido?» (Job 38,2). Sin embargo, por la misma sagrada Escritura sabemos que Dios ha hablado al hombre y que el hombre ha hablado con Dios.

Precisamente, la oración es la forma preferida por el Señor para establecer un diálogo mutuo y permanente. La iniciativa de este diálogo íntimo y sobrenatural es siempre del Señor, como vemos en el ejemplo paradigmático de Job. Él reconoce que se ha equivocado al enfrentarse descaradamente con Dios, al que sólo conocía de oídas. Después de que lo ha experimentado en su profunda intimidad, en el misterio, «desde la tormenta» (Job 38,1; 40,6), dice metafóricamente: «Ahora te han visto mis ojos» (Job 42,5). Por eso confiesa con sinceridad: «Me retracto y me arrepiento echándome polvo y ceniza» (Job 42,6).

Siguiendo, pues, las lecciones que el Señor nos da en la Escritura –en el Antiguo y Nuevo Testamento–, determinaremos en la primera parte de nuestro estudio cuáles son las condiciones requeridas para que se realice un verdadero encuentro del hombre con Dios y así tenga lugar ese diálogo que llamamos oración. La segunda parte del libro está dedicada exclusivamente a comentar desde la misma sagrada Escritura la inapreciable riqueza espiritual contenida en la oración del Señor, el Padrenuestro.

PARTE I

La oración, encuentro y diálogo con el Señor

Partimos de una base segura y firme al establecer con la máxima nitidez posible cuál es la realidad insoslayable de los que participan en este maravilloso diálogo que es la oración: la grandeza de Dios y la pequeñez del hombre (capítulo I). Veremos a continuación en qué consiste este diálogo entre Dios y el hombre, y cómo hablan de él tanto el Antiguo Testamento (capítulo II) como el Nuevo Testamento (capítulo III). Constatamos que la orientación en materia de oración es fundamentalmente práctica en el Antiguo Testamento (capítulo IV) y en el Nuevo Testamento (capítulo V). La segunda parte será la confirmación y coronación de esta práctica de la oración.

Capítulo primero

Grandeza de Dios y pequeñez humana

No creo que sea necesario justificar que un libro sobre la oración empiece contraponiendo a la grandeza de Dios la pequeñez humana, pues lo primero que llama la atención y nos deja pasmados, al orar, es que el hombre, pobre e insignificante criatura, pueda hablar amigablemente con Dios, su Creador y Señor. Del patriarca Abrahán son estas palabras: «Me he atrevido a hablar a mi Señor, yo que soy polvo y ceniza» (Gn 18,27).

Efectivamente, que un inferior dirija la palabra a un superior se considera que es un atrevimiento, tanto más grande cuanto mayor es la distancia o diferencia que los separa. Entre Dios y el hombre la diferencia no sólo es muy grande, sino imposible de concebir, porque es infinita. En la antigüedad, los filósofos paganos creían que era un absurdo querer establecer una relación amistosa entre los hombres y Dios, por la distancia insalvable que los separaba. Sin embargo, en la tradición religiosa cristiana, enraizada en la judía, los creyentes siempre han dirigido sus plegarias a Dios con toda naturalidad y sin la conciencia de faltar al respeto. No es que los orantes ignorasen la distancia que los separaba de Dios, sino todo lo contrario: conocían mejor que los paganos quién es Dios y quién es el hombre.

En el Antiguo Testamento existe una corriente de espiritualidad que subraya de manera singular el respeto del orante ante la majestad divina. Leemos en el profeta Habacuc: «El Señor está en su santo templo: ¡Silencio en su presencia!»

(Hab 2,20), y en Sofonías: «¡Silencio en presencia del Señor!» (Sof 1,7). Este silencio que reclaman los profetas ante Dios no es más que la expresión de una sublime confesión de la grandeza y trascendencia divinas por parte del hombre, que se siente muy pequeño ante la majestad de Dios. Pero estas cautelas teológicas no impiden que los auténticos creyentes abran su corazón a Dios y expresen con palabras sus más hondos sentimientos. Si se atreven a dirigir sus palabras a Dios es porque Dios se ha dirigido a ellos primero, superando por propia iniciativa lo que para el hombre –simple criatura– es objetivamente insuperable. En nuestro discurso ulterior trataremos largamente de ello y nos dejaremos instruir y guiar por las enseñanzas que tienen su origen en Dios mismo, como leemos en una de nuestras fuentes, en el inicio de la carta a los Hebreos: «Muchas veces y de muchas maneras habló Dios en el pasado a nuestros padres por medio de los profetas. En esta etapa final nos ha hablado por medio del Hijo», Jesucristo, nuestro Señor (Heb 1,1-2).

El presente capítulo nos introduce de lleno en el misterio de la oración, pues en él tratamos de lo que, al parecer, constituye la principal dificultad en contra de la posibilidad misma de la oración, es decir, de la grandeza de Dios y de la pequeñez humana.

1. Grandeza de Dios

La grandeza del Señor es uno de los atributos divinos más ensalzados en las sagradas Escrituras, porque es el que más asombro suscita en el hombre que reconoce su pequeñez.

1.1. La grandeza de Dios y la creación

El salmista proclama entusiasmado, cuando contempla el cielo estrellado: «¡Señor, dueño nuestro, qué admirable es tu nombre en toda la tierra! Ensalzaste tu majestad sobre los cielos» (Sal 8,2). Y no sólo el salmista, también nosotros nos sentimos pequeños, insignificantes, ante la inmensidad in-

sondable del cielo en una noche serena de verano. No sabemos a ciencia cierta cuál es la medida exacta de la profundidad del espacio, pero esta medida es una, aunque esté fuera de nuestro alcance la posibilidad de determinar su magnitud aproximada. Los científicos proponen hipotéticamente unas distancias astronómicas, medidas en unidades de años luz, que superan nuestra capacidad imaginativa. Estas medidas hipotéticas son corregidas y aumentadas periódicamente. Sin embargo, esta inmensidad inconmensurable e inabarcable para nosotros es nada en comparación del Señor que la ha creado. Las palabras del Señor en Isaías son elocuentes: «¿A quién podéis compararme, que me asemeje? –dice el Santo. Alzad los ojos a lo alto y mirad: ¿Quién creó aquello? El que cuenta y despliega su ejército [las estrellas] y a cada uno lo llama por su nombre; tan grande es su poder, tan robusta su fuerza, que no falta ninguno» (Is 40,25-26). Las estrellas recorren puntualmente sus órbitas, como un ejército bien ordenado. El inicio de prosopopeya en Isaías se desarrolla espléndidamente en el profeta Baruc, para ensalzar el poderío absoluto del Señor sobre su creación: «El que creó la tierra para siempre y la llenó de animales cuadrúpedos; envía el rayo y él va, lo llama y le obedece temblando; a los astros, que brillan gozosos en sus puestos de guardia, los llama y responden "¡Presentes!", y brillan gozosos para su Creador» (Bar 3,32-35).

Dios supera toda medida; él está por encima y fuera de las categorías de espacio y tiempo. Por esto dice el salmista: «¿Adónde me alejaré de tu aliento?, ¿adónde huiré de tu presencia? Si escalo el cielo, allí estás tú; si me acuesto en el abismo, ahí estás. Si me traslado al ruedo de la aurora o me instalo en el confín del mar, allí se apoya en mí tu izquierda y me agarra tu derecha. Si digo: que me sorba la tiniebla, que la luz se haga noche en torno a mí, tampoco la oscuridad es oscura para ti, la noche es clara como el día: da lo mismo tiniebla o luz» (Sal 139,7-12).

Dios está presente al mismo tiempo en todo lugar imaginable, sin que haya que concebirlo como una niebla, o como

un espíritu infinitamente sutil, o como una especie de alma del mundo en el antiguo sentido platónico o estoico. Su presencia activa es requisito indispensable para que todo cuanto existe siga subsistiendo, pues no sólo «llama a la existencia lo que no existe» (Rom 4,17), sino que lo ya existente sigue dependiendo de él, pues «¿cómo subsistirían las cosas, si tú no hubieses querido?; ¿cómo conservarían su existencia, si tú no las hubieses llamado?» (Sab 11,25). La presencia del Señor es tan inmanente y cercana a los seres como los seres a sí mismos. De los vivientes en general dice san Pablo: «Él da la vida y aliento a todos» (Hch 17,25); y de nosotros en particular: «No está lejos de ninguno de nosotros, ya que en él vivimos y nos movemos y existimos» (Hch 17,27-28). Lo mismo debe decirse de todos los demás seres por el simple hecho de existir.

El hombre moderno cuenta con medios e instrumentos científicos con los que es capaz de realizar proezas insospechadas para los antiguos. La realidad, sin embargo, es escurridiza, no se deja atrapar ni siquiera por las mentes más lúcidas. La mayor parte de esta realidad que llamamos universo o mundo está oculta en la oscuridad y el misterio. Hay, pues, todavía lugar para la admiración y el asombro. Si esto nos ocurre a nosotros, que creemos pertenecer a la humanidad ilustrada, cuánto más al hombre antiguo, que se enfrentaba al inmenso mundo sólo con sus manos y su inteligencia. La capacidad del asombro y de la admiración es común a las generaciones modernas y antiguas. Sin embargo, se advierte un corrimiento en el término del asombro y de la admiración. El hombre moderno se asombra de la grandiosidad de la obra que observa, y generalmente no pasa de ahí; el hombre antiguo, especialmente el del ámbito bíblico, admira la obra que ve, pero ensalza al creador de ella, en el que cree sin esfuerzo. Jesús Ben Sira nos lo demuestra con sus palabras: «El que vive eternamente todo lo creó por igual; sólo el Señor puede ser proclamado justo. Nadie es capaz de contar sus obras. ¿Quién podrá descubrir sus grandezas? ¿Quién podrá medir su inmensa grandeza? ¿Quién podrá contar sus misericordias»

(Eclo 18,1-5). En su himno, después de enumerar las obras visibles de la creación, añade: «Aunque siguiéramos, no acabaríamos, la última palabra: "Él lo es todo". Encarezcamos su grandeza impenetrable, él es más grande que todas sus obras; el Señor es temible en extremo, y son admirables sus palabras. Los que ensalzáis al Señor, levantad la voz, esforzaos cuanto podáis, que aún queda más; los que alabáis al Señor, redoblad las fuerzas, y no os canséis, porque no acabaréis» (Eclo 43,27-30).

1.2. La grandeza de Dios y la historia

La grandeza del Señor no sólo se revela en la magnificencia de la creación; también se manifiesta, y sobre todo, en la historia salvadora de su pueblo. Moisés, protagonista indiscutible y testigo fidedigno de la liberación del pueblo de Israel en Egipto, habla así al pueblo en las puertas de la tierra prometida y con una visión retrospectiva: «Reconoced hoy su grandeza, su mano poderosa y su brazo extendido... Pues habéis visto con vuestros propios ojos toda esta gran hazaña que ha hecho el Señor» (Dt 11,2-7). En su cántico final, poco antes de morir, Moisés repite por última vez la misma recomendación al pueblo: «Reconoced la grandeza de nuestro Dios» (Dt 32,3).

El eco de la recomendación de Moisés parece llegar hasta David, que, agradecido por el alegre anuncio que le hace el profeta Natán de parte de Dios sobre su hijo Salomón, se dirige a Dios en la oración con estas palabras: «Por tu palabra, y según tus designios, has sido magnánimo con tu siervo, revelándole estas cosas. Por eso eres grande, mi Señor, como hemos oído; no hay nadie como tú, no hay Dios fuera de ti» (2 Sam 7,21-22). El cronista pone en boca de David una última oración, que es como la rúbrica de toda su vida: «Bendito seas, Señor, Dios de nuestro padre Israel, desde siempre y para siempre. A ti, Señor, la grandeza, el poder, el honor, la majestad y la gloria, porque tuyo es cuanto hay en cielo y tierra. Tuyo el reino y el que está por encima de todos.

Riqueza y gloria vienen de ti. Todo lo gobiernas. En tus manos están la fuerza y el poder, en tus manos engrandecer y fortalecer a quien quieras. Nosotros, Dios nuestro, te damos gracias y alabamos tu nombre glorioso» (1 Crón 29,10-13).

Los hijos de Israel cantan y rezan con los Salmos. En ellos se manifiestan los sentimientos de la comunidad creyente y de cada uno de sus miembros; por esto se pasa con facilidad de la una a los otros: «Alabad al Señor en su templo, alabadlo en su fuerte firmamento. Alabadlo por sus proezas, alabadlo como pide su grandeza» (Sal 150,1-2). Jesús Ben Sira repite como un eco: «Exaltad la grandeza de su nombre y alabadlo con himnos, con cantos acompañados de instrumentos, pronunciando aclamaciones» (Eclo 39,15). Un particular reúne en su oración todos los motivos enunciados: «Te ensalzaré, Dios mío, mi Rey; bendeciré tu nombre por siempre jamás. Todos los días te bendeciré, alabaré tu nombre por siempre jamás. Grande es el Señor, muy digno de alabanza, su grandeza es insondable. Una generación pondera a la otra tus obras y le cuenta tus hazañas. Alaban ellos tu gloria y majestad, y yo medito tus maravillas. Encarecen ellos tus proezas terribles y yo recuento tus grandezas. Difunden la memoria de tu inmensa bondad y aclaman tu victoria» (Sal 145,1-7).

El libro de Tobías nos presenta un modelo de israelita que, en circunstancias adversas, mantiene íntegra su fe en Dios providente. En él es frecuente el recurso a la oración personal y, en concreto, se repiten como una cantinela los himnos y las alabanzas a Dios, especialmente por la manifestación de su grandeza y poder en beneficio del bueno de Tobit. Así suenan las palabras del ángel Rafael a Tobit y Tobías, poco antes de desvelar su personalidad: «Bendecid a Dios, reconoced su grandeza y confesadlo ante todos los vivientes, por los bienes que os ha otorgado para bendecir y alabar su nombre. Haced conocer dignamente a todos los hombres las obras de Dios y no seáis descuidados en confesarlo» (Tob 12,6). El protagonista del libro, Tobit, cumple al pie de la letra los consejos del mensajero de Dios; primero con sus palabras: «Confesadle [a

Dios], hijos de Israel, ante las naciones, porque Él os dispersó en medio de ellas, y allí os manifestó su grandeza. (...) Yo le confieso en la tierra de mi destierro y manifiesto su poder y su grandeza a un pueblo pecador... Yo ensalzo a mi Dios, y mi alma al Rey del cielo, y cantará con júbilo su grandeza» (Tob 13,3-4a.6h-7[8-9]). Y, sobre todo, con sus obras: «Después de recobrar la vista, vivió en la abundancia, hizo limosnas y continuó bendiciendo a Dios y confesando su grandeza» (Tob 14,2).

Para el hombre de fe, que canta, reza y medita con las sagradas Escrituras, todos son motivos para esperar y confiar en el Señor. Para él, los atributos del Señor, como el poder, la sabiduría y la grandeza, son evidentes, «pues como es su grandeza así es su misericordia (Eclo 2,18).

El Nuevo Testamento asume íntegramente el mensaje de las sagradas Escrituras sobre la grandeza de Dios, pero a la luz nueva del evangelio de Jesús. Así leemos en la breve carta de Judas: «Al que puede custodiaros sin tropiezos y presentaros ante su gloria sin mancha y gozosos, al Dios único, que nos salvó por Jesucristo, Señor nuestro, gloria, majestad, poder y autoridad desde la eternidad y ahora y por los siglos. Amén» (Jds 24-25).

2. Pequeñez humana

El que tiene en sus manos la Biblia, la lee con frecuencia, medita y reflexiona sobre lo leído y, sobre todo, reza y ora al Señor con ayuda de sus palabras, se familiariza cada vez más con el Señor, presente en ellas, y, al mismo tiempo, hace crecer su respeto y admiración por su inmensa grandeza. A medida que el orante percibe más cercano al Señor, inmenso y grande, decrece paradójicamente el aprecio de sí mismo. La luz de Dios hace que advirtamos mejor las propias tinieblas. Cuando Isaías, en su alta experiencia mística, oye el cántico celeste: «¡Santo, santo, santo, el Señor de los ejércitos, la tierra está llena de su gloria!» (Is 6,3), reacciona espontánea-

mente con temor y espanto, porque a sí mismo se considera indigno de estar en la cercanía del Señor: «¡Ay de mí, estoy perdido! Yo, hombre de labios impuros que habito en medio de un pueblo de labios impuros, he visto con mis ojos al Rey y Señor de los ejércitos» (Is 6,5).

Hasta ahora hemos tratado de la grandeza del Señor, atributo divino que eleva al Señor por encima y más allá de toda su creación y que hace que nos preguntemos: ¿qué es el hombre? La pregunta está formulada varias veces en las sagradas Escrituras, en contextos explícitos de oración, que ponen de manifiesto el asombro del orante ante el modo como Dios trata al hombre: «¿Qué es el hombre para que te acuerdes de él, el hijo de Adán para que te ocupes de él?» (Sal 8,5; lo mismo en Sal 144,3 y Job 7,17). La pregunta en estos casos no implica ignorancia. Por tanto, el que la hace no espera una respuesta; ésta ya la sabe él, y porque la sabe, se extraña y pregunta retóricamente. El orante sabe que el hombre es criatura de Dios, criatura querida y mimada por Dios, como se deduce de las formas tan maravillosas como en el Génesis se habla de la creación del hombre. Primeramente con gran solemnidad, Dios crea al hombre libre y amorosamente a su imagen y semejanza por medio de su palabra: «Y dijo Dios: "Hagamos al hombre a nuestra imagen y semejanza; que ellos dominen los peces del mar, las aves del cielo, los animales domésticos y todos los reptiles". Y creó Dios al hombre a su imagen; a imagen de Dios lo creó; varón y hembra los creó» (Gn 1,26-27; cf. 9,6). En segundo lugar, el autor sagrado humaniza más a Dios, convirtiéndolo metafóricamente en un alfarero, como si él tuviera manos y boca: «Entonces el Señor Dios modeló al hombre de arcilla del suelo, sopló en su nariz aliento de vida, y el hombre se convirtió en ser vivo» (Gn 2:7). Por esto tiene razón Job que, hablando directamente con Dios, se llama a sí mismo «obra de tus manos» (Job 10,3; ver, además, 10,8-9). Ya es un título hermoso llamarse y ser «obra de Dios», pues toda obra de arte participa plenamente de la gloria y dignidad de su autor, y el hombre es la más excelsa obra de arte de Dios. Éste es el estado de la condición

del hombre. Si él lo reconoce y acepta, no se rebaja en nada, sino que da gloria a Dios y se enaltece a sí mismo. No aceptar la condición de criatura –tentación muy antigua y también moderna– es asemejarse a los egipcios del tiempo de Isaías y al rey de Tiro, contemporáneo de Ezequiel. De los primeros dijo Isaías: «Los egipcios son hombres y no dioses» (Is 31,3), y del segundo, Ezequiel: «Tú eres hombre y no dios» (Ez 28,9). De hecho, ya lo han comprobado, porque no existen. De Dios, sin embargo, se afirma categóricamente lo contrario. En un contexto de misericordia, dice Dios por medio del profeta Oseas: « No ejecutaré mi condena, no volveré a destruir a Efraín; que soy Dios y no hombre, el Santo en medio de ti y no enemigo devastador» (Os 9,32). Y Job, litigando con Dios, declara: «Dios no es un hombre como yo para decirle: "Vamos a comparecer en juicio"» (Job 9,32).

El hombre, como criatura, no es dueño de sí ni de su destino. Jeremías se expresa así: «Ya lo sé, Señor, que el hombre no es dueño de sus caminos, que nadie puede establecer su propio curso» (Jer 10,23). Job compara al hombre a un trabajador no autónomo: «El hombre está en la tierra cumpliendo un servicio, sus días son los de un jornalero» (Job 7,1); depende, por tanto, del dueño de la viña, que es el Señor.

Otros juicios más negativos sobre el hombre ocupan un lugar muy destacado a lo ancho y largo de la sagrada Escritura. Job sigue reflexionando sobre su trágica situación, que es la de todo hombre: «¿Por qué me has tomado como blanco y me he convertido en carga para mí mismo?» (Job 7,20). Ni a sí mismo se puede ya soportar. Por esto el hombre atribulado se compara a un muro a punto de ser derrumbado: «¿Hasta cuándo arremeteréis todos juntos contra un hombre para derribarlo como a una pared que cede o a una tapia ruinosa?» (Sal 62,4).

En las múltiples confesiones ante Dios de profetas, sabios y salmistas, todos reconocen humildemente su naturaleza débil e inconsistente, como aparece, por ejemplo, en Jesús Ben Sira: «Dios pasa revista al ejército celeste, cuánto más a

los hombres de polvo y ceniza» (Eclo 17,32); «¿Por qué se ensoberbece el polvo y ceniza si aún en vida se pudren sus entrañas?» (Eclo 10,9). Unas veces recuerdan el origen del hombre y, sobre todo, aquello en lo que definitivamente se va convertir, según la palabra que el Señor dirige a Adán: «Con el sudor de tu frente comerás el pan, hasta que vuelvas a la tierra, porque de ella fuiste formado, pues eres polvo y al polvo volverás» (Gn 3,19; cf. Sal 90,3; Ecl 3,20; 12,7); o, con una expresión más dura: «Yo soy un gusano, no un hombre: afrenta de la gente, despreciado del pueblo» (Sal 22,7); «¿Puede ser puro el nacido de mujer? Si ni siquiera la luna es brillante ni a sus ojos son puras las estrellas, ¡cuánto menos el hombre, ese gusano, el ser humano, esa lombriz!» (Job 25,4-6). Otras veces recurren los autores a comparaciones poéticas que subrayan la brevedad y fugacidad de la vida: «Toda carne es hierba y su belleza como flor campestre» (Is 40,6), que el salmista aplica directamente al hombre: «Pues Dios conoce nuestra condición y se acuerda de que somos barro. El hombre dura lo que la hierba, florece como flor campestre, que el viento la roza, y ya no existe, su puesto no vuelve a verla» (Sal 103,14-16). O bien comparan al hombre con el aire, pensando en la ligereza y levedad de la vida humana: «El hombre no es más que un soplo» (Sal 39,12); «El hombre se asemeja a un soplo; sus días, a una sombra que pasa» (Sal 144,4); «Sólo un soplo son los plebeyos, mentira son los nobles: todos juntos en la balanza subirían más livianos que un soplo» (Sal 62,10; ver también Job 7,9; Ecl 3,19). Estas maneras de hablar, poéticas unas, prosaicas otras, indican eufemísticamente la cruda realidad de la muerte, que no se soslaya en otros pasajes: «Recuerda lo que dura mi vida: ¿has creado en vano a los humanos? ¿Qué hombre vivirá sin ver la muerte?, ¿quién librará su vida de la garra del Abismo?» (Sal 89,48-49); «Todos los reyes de las naciones descienden a sepulcros de piedra, todos reposan con gloria, cada cual en su mausoleo» (Is 14,18). En este aspecto, el hombre se asemeja a los animales: «La suerte de los hombres y la suerte de los animales es la misma suerte. Como mueren unos, mueren los otros; todos

tienen el mismo aliento. Y el hombre no supera a los animales» (Ecl 3,19; cf. Sal 49,13.21; 104,29). Moralmente, sin embargo, el hombre merece un juicio aún más negativo, del que nadie se salva: «Se corrompen cometiendo execraciones, no hay quien obre bien. El Señor se asoma desde el cielo sobre los hijos de Adán para ver si hay alguno sensato que busque a Dios. Todos se extravían igualmente obstinados, no hay uno que obre bien, ni uno solo» (Sal 53,2-4). Ante un panorama semejante, el autor del Génesis hablaba, si bien metafóricamente, del pesar del Señor por haber creado al hombre: «Al ver el Señor que en la tierra crecía la maldad del hombre y que toda su actitud era siempre perversa, se arrepintió de haber creado al hombre en la tierra y le pesó de corazón. Y dijo: "Borraré de la superficie de la tierra al hombre que he creado; al hombre con los cuadrúpedos, reptiles y aves, pues me arrepiento de haberlos hecho"» (Gn 6,5-7).

La historia de los hombres ha sido generalmente una sarta de errores continuados, que han merecido el descrédito y la desconfianza en él. «No confiéis en los nobles, en un hombre que no puede salvarse: sale su aliento y él vuelve al polvo, ese día perecen sus planes» (Sal 146,3-4). Apoyarse en el hombre es como apoyarse en el vacío. Si, además, se abandona al Señor, verdadera roca, como lo llamaba David: «Señor, mi roca, mi alcázar, mi libertador. Dios mío, peña mía, refugio mío, escudo mío, mi fuerza salvadora, mi baluarte, mi refugio, que me salvas de los violentos» (2 Sam 22,2-3), se comprende la maldición del Señor, según el profeta Jeremías: «¡Maldito quien confía en un hombre y busca apoyo en la carne, apartando su corazón del Señor!» (Jer 17,5).

3. Armonía entre la grandeza de Dios y la pequeñez humana

Las sagradas Escrituras nos enseñan que el Señor ha hecho posible la armonización entre su grandeza y nuestra pequeñez. Que se haya dignado crearnos para llenarnos de su ple-

nitud y establecer perpetuos lazos de amistad; que no nos haya eliminado de la faz de la tierra a pesar de nuestras infidelidades permanentes, y que haya querido revelarnos sus entrañas de misericordia infinita, dándonos a su propio Hijo, es una prueba manifiesta de que no sólo es posible y querida por Dios la armonía entre él y nosotros, entre su grandeza y nuestra pequeñez, sino que es una realidad por pura gracia y bondad suyas.

Por esto, no debe turbarnos ni ser causa del más mínimo temor saber que para el Señor todo es transparente, que nada se oculta a su mirada. Pues para él no hay distancias, aunque la Escritura lo coloque metafóricamente en el cielo, como un vigía en la atalaya: «Desde el cielo se fija el Señor mirando a todos los hombres. Desde su solio observa a todos los habitantes de la tierra: él, que modeló cada corazón y conoce todas sus acciones» (Sal 33,13-15), porque «los ojos de Dios miran las sendas del hombre y vigilan todos sus pasos» (Job 34,21). El Señor, a su vez, nada puede temer de parte del hombre; solamente pensarlo es un absurdo. Él existe desde siempre y permanecerá para siempre, no así todo lo demás, incluidos el cielo y la tierra. Leemos en el Salmo: «Antes de que naciesen las montañas o fuera engendrado el orbe de la tierra, desde siempre y por siempre tú eres Dios. (...) Para ti, mil años son un ayer que pasó, una vela nocturna» (Sal 90,2.4). Y en otro lugar: «Al principio cimentaste la tierra, el cielo es obra de tus manos: ellos perecerán, tú permaneces, se gastarán como la ropa, serán como vestido que se muda. Tú, en cambio, eres aquel cuyos años no se acaban» (Sal 102,26-28).

Ante Dios deberíamos recordar lo que somos: nada y polvo, de ninguna manera tener miedo. Más bien tendríamos que sentirnos como un niño pequeño en brazos de su madre. Sólo que Dios es como una madre que no nos suelta de la mano ni siquiera un minuto y a la que nada se le oculta en absoluto. Por medio del profeta Isaías nos dice el Señor: «¿Puede una madre olvidarse de su criatura, dejar de querer al

hijo de sus entrañas? Pues aunque ella se olvide, yo no te olvidaré» (Is 49,15). El Señor nos conoce y acompaña desde antes de nuestro nacimiento. El salmista da gracias a Dios por esto: «Tú has creado mis entrañas, me has tejido en el seno materno. Te doy gracias porque te has distinguido con portentos y son maravillosas tus obras. Conoces perfectamente mi aliento, no se te oculta mi osamenta. Cuando me iba formando en lo oculto y entretejiendo en lo profundo de la tierra, tus ojos veían mi embrión. Se escribían en tu libro, se definían todos mis días, antes de llegar el primero» (Sal 139,13-16); «Fuiste tú quien me extrajo del vientre, me tenías confiado a los pechos de mi madre; desde el seno me arrojaron a ti, desde el vientre materno tú eres mi Dios» (Sal 22,10-11).

La confianza ilimitada en la bondad del Señor debe ir acompañada de nuestro reconocimiento reverente por la magnificencia de sus obras en favor de nosotros, como nos enseñan los Salmos: «Venid a ver las proezas de Dios, sus hazañas formidables a favor de los hombres» (Sal 66,5); «¡Qué magníficas son tus obras, Señor, qué profundos tus designios! El ignorante no los entiende, el necio no los comprende» (Sal 92,6-7); «¡Cuántas son tus obras, Señor, y todas las hiciste con maestría: la tierra está llena de tus criaturas!» (Sal 104,24).

Si el Señor nos concede la gracia de experimentar la dulzura de su presencia transformante, como la experimentó el atormentado Job al final de su prueba: «Te conocía sólo de oídas, ahora te han visto mis ojos» (Job 42,5), no hay palabras humanas para agradecerlo de forma debida. Únicamente podemos responder con humildad y prontitud, preguntando al Señor, como hizo san Pablo un día, camino de Damasco: «¿Qué debo hacer, Señor?» (Hch 22,19). En los capítulos que siguen trataremos de afinar el oído para escuchar atentamente en el fondo de nuestra alma la respuesta segura del Señor. Pero esto solamente lo conseguiremos en un ambiente de paz interior, fruto de la acción del Espíritu en nuestros corazones.